

EL MEJOR NUMERO COMICO DEL MUNDO

POMPOF Y TEDDY: EN EL "MOULIN ROUGE" AÑORAN SU CALLE DE VALLECAS

DE
NUESTRO
ENVIADO
ESPECIAL
EDUARDO
G. RICO



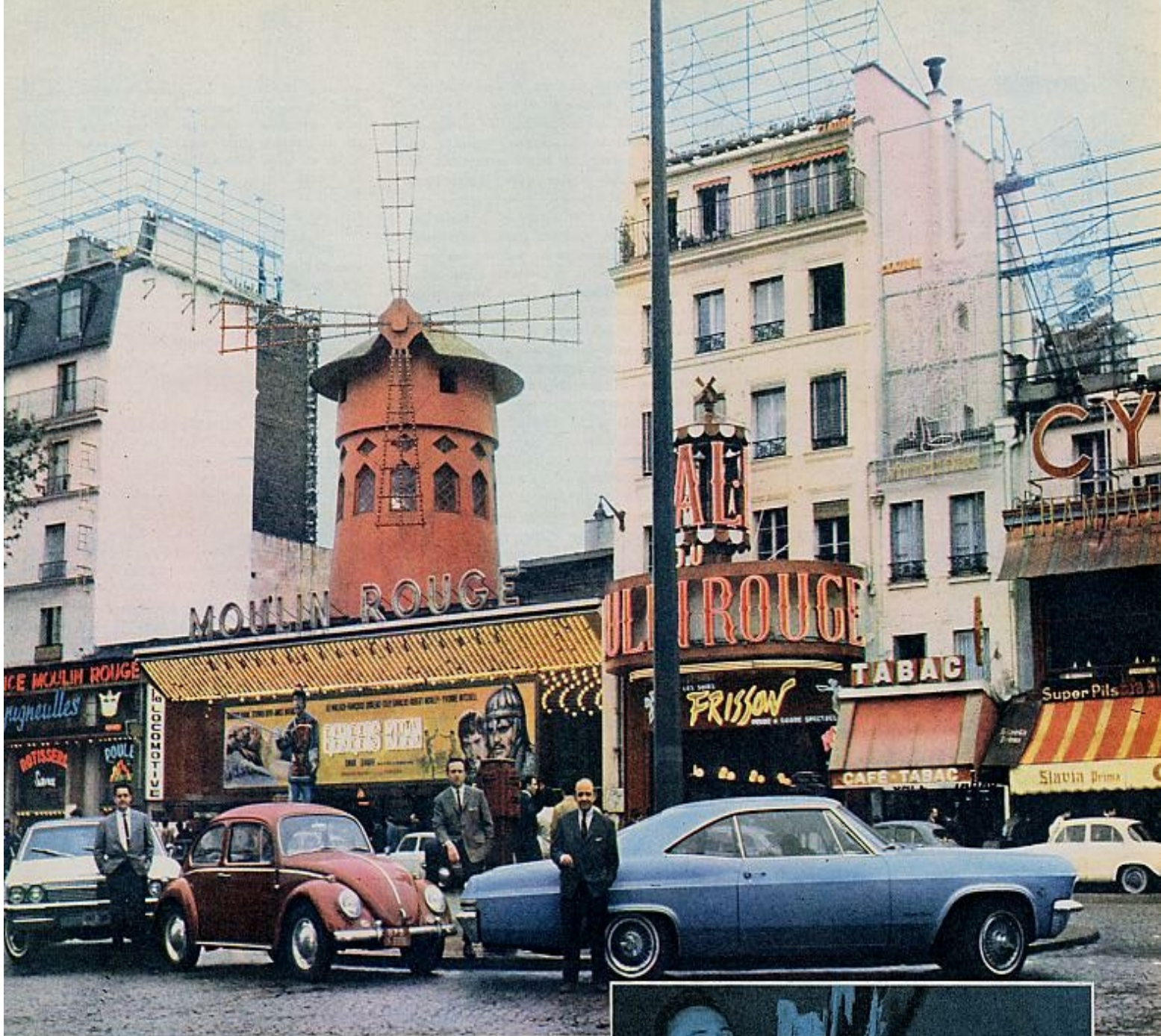
Si no me equivoco, uno de los protagonistas de «El salario del miedo», un francés vitalista cuya aventura en tierras lejanas mitificaba el desengaño, la decepción, y hasta cierto punto el fracaso de la «Resistencia» —mito proveniente de la frustración de unas esperanzas, entonces, en tiempos del «maquis», perfectamente fundadas— evocaba «su» París, a través de un billete de «Metro» de la estación de «Pigalle» amorosamente conservado. Yo no sé lo que era y lo que significaba Pigalle en aquella época; sin duda, algo más que un tópico turístico, que una deliciosa trampa hábilmente preparada para ingleses embriagados de literatura, que un señuelo bien tendido para nuevos ricos españoles o Italianos amamantados en las generosas ubres del neocapitalismo. No me siento con fuerzas para historiar el proceso que ha conducido al «Pigalle 1965» —este país vecino nuestro produce suficientes sociólogos capaces de asumir la tentadora función de cifrar científicamente el derroche de frivolidad desencadenado a lo largo

SIGUE



En el «Moulin Rouge» de París, Víctor, José y Emilio Aragón —«Pompof y Teddy»— continúan la tradición familiar, renovando día a día sobre el escenario, su concepción de la comicidad. Una de sus esperanzas se cifra en regresar alguna vez a su casa del Puente de Vallecas. Un público cosmopolita aplaude cada noche la actuación de estos cómicos españoles.





SIGUE



José Aragón, el viejo «Nabuco» de los circos españoles. «La comicidad empieza por la bondad. Hay que ser bondadoso para llegar a buen cómic».

de los lustros de una postguerra que liquidó las más puras aspiraciones—, pero puedo levantar mi acta de testigo apresurado y un poco escéptico, que cree saber, porque lo ha visto, donde se ahogan —no diré que en espuma de champán como cualquier cursi de la época «modernista»— las impotencias, las vacilaciones, y la mala conciencia que anidan en los «hermosos barrios» —y siento cometer esta reiteración aparentemente demagógica— de esta zona feliz de la «orilla derecha», con su «place Vendôme» y su «rué de la Paix» y sus Campos Elíseos y su «Concorde», con sus «Eneas» napoleónicas y su Bastilla simbólica —qué ambigüedad la de su mito— y su «Maxim's» y su Opera y la sombra del otro Napoleón, Napoleón el Pequeño, gravitando sobre estas moradas silenciosas, desde cuyos salones se ejerce todavía el poder adquirido al arrasar las barricadas, en el 48 y en el 71.

Puede parecer exagerado buscar las raíces del París frívolo, tan profundamente hincadas en el ochocientos, para definir este estallido luminoso nacido puntualmente todas las noches entre Clichy y Pigalle, con la place Blanche por el medio, y arriba, difuminada por la oscuridad, la imagen de postal del Sacré Coeur. Pero si se quiere comprender una realidad concreta hay que saber sobre qué se aposenta y cuál ha sido su origen. Quizá escaparse tan lejos, para justificar y describir este mundo que arde día a día pueda entenderse como una abstracción cuando se trata de contar unos hechos centrados en un ahora estricto. De ahí que uno no tenga más remedio que pedir disculpas por atenerse a su método, al sentirse incapaz de desembarazarse de él por muy banal que sea la historia que tiene que relatar.

CIERTAMENTE, NO TODO DEBE REDUCIRSE a formular las razones últimas de cada hecho concreto. Hay condiciones inmediatas que pueden explicarlo más nitidamente: el turismo y su propaganda, el prestigio de un París pasado por la literatura, la prosperidad de ciertas capas sociales europeas, quizá den cuenta, mejor que el pasado, de lo que sucede de diez de la noche a tres de la madrugada en este pequeño mundo limitado por el ruidoso silbido de los trenes que entran en pleno corazón de la ciudad a través de la Gare Saint-Lazare y los callados rezos del Sagrado Corazón.

EN FIN, ESTAMOS EN PIGALLE, ES PRIMAVERA, Y LOS TURISTAS INGLESES se tropiezan y sonríen al descubrir el común idioma cuan-

do un joven moreno les corta el paso manejando con habilidad el «please» y el «sir» para vender con más eficacia la foto pornográfica sacada de la manga, burlando la cómplice vigilancia del gendarme más cerroso, con pericia cartomántica. Se pasea lentamente entre la place Pigalle y la place Blanche; las mujeres del «trottoir» —ya lo he contado otra vez— se han retirado a los portales de las callejas que suben a Montmartre, donde los pintores adolescentes se estiran a sí mismos en las mañanas, tan prontas, de París; en tiendas de mostrador abierto a las aceras se venden «frites», las patatas fritas, comida modesta del «lumpens» y del curioso que ha visto diezmos sus francos nuevos en cada esquina; los porteros de los «estrip-teases» recitan su imperiosa cantilena en tres idiomas, agarrando por el brazo a los incautos; entre la place Blanche y la place Pigalle se despliega el monótono rito vespertino rendido ante el altar del sexo, un rito prefabricado por el último número de «Paris Hollywood» que nos venden «clandestinamente» —y las comillas están justificadas— en esta librería que cierra a la una de la madrugada y que nos envuelve con afectado pudor su mercancía.

Entre la place Pigalle y la place Blanche... Pequeño universo que amalgama el amor y las patatas fritas, los chelines y las liras, los «snobismos» nacionales y la golfería internacional, en un cóctel trepidante, de prometedora composición que, a fin de cuentas, no sabe a nada...

Y ES AQUI, EN LA PLACE BLANCHE, DONDE EL «MOULIN ROUGE», que sigue siendo

algo más que un capítulo de la historia del arte, sin quedarse, ni mucho menos, en pura arqueología, establece una de las metas cotidianas del «Paris la nuit». El «Cyrano», a su flanco, es muelle propicio a la recalada, y los autocares de las agencias internacionales depositan su lujosa carga cosmopolita sobre la terraza, cumpliendo estrictamente las cláusulas de un contrato que el observador atento adivina con facilidad cuando contempla las gestiones convencionales de los que conducen esta tropa dócil, predisposta —el uniforme es elocuente— a la diversión de alto nivel.

A las once de la noche, cuando Pigalle refulge, y los luminosos de «Eve», de «Les Naturalistes», de «Le moulin à poivre», propagando estridentemente su cantante, pero candoroso comercio, tres españoles que han recorrido ya todos los caminos del mundo, se maquillan cuidadosamente en un camerino modesto de este edificio de la place Blanche con tanta literatura a las espaldas, donde resuenan ya los ecos de los primeros aplausos: José, Víctor y Emilio Aragón, mientras intentan disimular su condición de ciudadanos corrientes para ingresar con las debidas garantías de eficacia en el fabuloso universo del payaso, piensan quizá en España. Y no en una España abstracta, sino en esta España real del Puente de Vallecas, de la calle de Montseny, del barrio de sus correrías de niños. No es la suya una nostalgia, ¿cómo diríamos?, geográfica. Allá lejos, en la vieja calle de Teresa Lloret, número 10, los «viejos» corresponden a su recuerdo.

JOSE, VICTOR Y EMILIO ARAGON: «Teddy

Pompo family». Una larga tradición desemboca entre estas estrechas paredes que albergaron, en otra época mal llamada «belle», a las «figurass», ya sin nombre, que alimentaron el cotidiano sueño febril de Toulouse-Lautrec. Bajo el lema inglés —obediente al imperativo publicitario— los herederos y continuadores de una línea familiar rica en peripecias y aventuras, renuevan noche a noche, en un «agglomero» hábil y talentado, aquel humor legado por Pompo y Teddy —cuyo nombre ya se ha convertido en símbolo— modelado en los viejos tiempos sobre la pista del Price de Madrid. Tal vez la historia que los sostiene parezca tópica: circos rodando por el mundo a través del siglo diecinueve... Génova, Budapest, Estocolmo, París. Un francés —Foureaux— prota-

gonista de una aventura que desborda todas las fronteras, con un origen oscurecido por el tiempo —¿un lance sentimental a la sombra de una corona?— y con un tremendo talento para hacer reír a las gentes de su época. Francia, Italia y España fundidas en el amor y en el humor al borde del novecientos. Pompo y Teddy en Madrid, en Valencia y en Málaga, con la guerra europea al fondo, consolidando la herencia profesional. Les felices años veinte, la difícil paz, la crisis, y París, Roma, Estocolmo como escenario. Pero la gente reía a pesar de todo, lo mismo que después, en los tumultuosos años treinta. Desde su casa del Puente de Vallecas, Teodoro y José María Aragón —Pompo y Teddy— subían hasta el Circo Price, día tras día, puntuales a la cita de un público fiel.

DESDE AQUI, PRIMERA FILA DEL CABARET MAS FAMOSO DEL MUNDO, lo que va a suceder a las doce y veinte, cuando la «familia» se

plante sobre la escena. Resulta delicioso, a las diez y media, contemplar la entrada de los clientes en el local. Alineados en filas tal como ordenan los más rigurosos cánones militares, los buenos burgueses llegados desde todos los confines, en ardorosa entrega al mito de Pigalle, aguardan su turno con paciencia ejemplar, para someterse a esta cura de frivolidad, a cambio de treinta y cinco francos nuevos. Pielés, joyas, «smokings», ojos oblicuos, rostros oscuros, diplomáticos, dirigentes, empresarios, toda la varia fauna de las clases dominantes de los cinco continentes.

Y ya, sobre el escenario, los primeros números: «Los



cosacos», el «Acuario encantado», y —oh pintoresca traducción— «Los contrabanderos», con «Carmen», «Las toreras», «la taberna», «el guitarrista» y el «Cantador»; toda la España de Merimé, que irrumpe desde su siglo diecinueve, romántica y agresiva, sobre esta muchedumbre descotada, enojada, refinada, ávida de diversión a golpes de champán. ¿Cuántas cuentas corrientes, cuántos pozos de petróleo, siderurgias, latifundios, automóviles, inmobiliarias, estarán aquí representados? ¿Cuántos gobiernos,

EL MEJOR NUMERO COMICO DEL MUNDO

Mientras el público aplaude, José, Víctor y Emilio Aragón piensan quizá en la España de sus correrías de niños, la de la calle de Montseny en el Puento de Vallecas, donde los «viejos» esperan su visita o su retorno definitivo.

CUANDO JOSE, VICTOR Y EMILIO COMPARECEN ante este tribunal cosmopolita, la sesión ya casi está vencida. Pero su impacto se produce en seguida. Los españolísticos «Nabucos», «Pompof» y «Zampabollos», que tuvieron en su mano la llave de la risa de los niños madrileños en los años cuarenta, desenvuelven sus «golpes» en tres idiomas; su inglés de Chicago, su francés de Belleville y su castellano de Vallecas rompen fácilmente todas las barreras mentales. Estalla la risa en la sala, cuando Emilio pronuncia con violencia un sonoro calificativo castizo. Pero su humor se apoys en una concepción al nivel del tiempo, más plástica que verbal. Tocan el piano y el violín. Su atuendo correctísimo, su leve maquillaje, sus modales discretos, sientan un nuevo ejemplo de payasos, de tal manera que hasta esta palabra queda invalidada. De ahí que no intentemos la absurda tarea de describir su número. Para ellos son, finalmente, los más cálidos aplausos.

EN SU CAMERINO, RECUPERADA SU CONDICIÓN DE ciudadanos vulgares, José, Víctor y Emilio nos hablan apasionadamente de su oficio. «Salimos como un torero a la plaza. Conocemos en seguida al público. Hay noches buenas y noches fatales. Esto de la risa se pega, con dos que se rían basta: contagian a quinientos. Lo malo de actuar en un cabaret o en un teatro es este muro de luz que se establece delante de nosotros y nos impide ver al público».

La «familia» pone más viveza en la conversación cuando se habla de América. Su vida, su dinero, ya llevan este nombre: Estados Unidos. El ancho mapa yanqui no tiene secretos para ellos. De Nueva York a San Francisco, de Florida a Illinois... todas las carreteras, todos los caminos han conocido el rodar de sus sucesivos trece coches, con ochocientos mil millas en el contador. Ah, lo importante —ellos lo subrayan, sin duda con razón—: en el año 55 Sullivan los contrató para actuar en su «shows» de la TV. Ochenta millones de espectadores. Era el catorce aniversario del programa y, junto a ellos, aparecieron las «estrellas»: Cooper, Marlene, Chevalier, Kaye.

Quedan aún muchos meses de «Mouline», pero luego tomarán a América. Allí está su vida, donde el dinero se gana más fácilmente, y no hay peligro de paro. La risa española no padece crisis. La risa española es, por ellos, internacional.

PASEO CON JOSE ARAGON, EN SU «IMPALA» ULTIMO MODELO por las calles de París. La noche frívola sigue su implacable circular. «Les nus les plus osés du mondes... «Eve», «Les naturalistes», los «strip-tease» de tres francos y medio... «Yo estuve aquí el año veintisiete o veintiocho. Eramos niños y ya actuábamos con nuestros padres. Créame, esta ciudad no ha cambiado nada». Pero ellos —él, José Aragón— sí han cambiado su estilo, despojándose del atuendo tradicional del payaso. «Mire usted, la comicidad empieza por la bondad. Hay que ser bondadoso para llegar a buen cómico».

Pero la dinastía se acaba aquí. No habrá continuadores en la «familia». Así se ha decidido. La gracia de Teddy y Pompof, su humor secular moldeado y transformado en ambulante ejecutoria, alcanzada su mayoría de edad sobre los más famosos escenarios del mundo, se dispone a usar su derecho al retiro.

¿QUE SIGNIFICADO TIENE ESTA «INTERNACIONALIZACION» DEL HUMOR español? ¿Cuáles son las inquietudes, los desengaños, las esperanzas, de estos hombres que salieron de Vallecas a la conquista del mundo? Lo diré en breves frases: ellos son modestos, ejemplares, discretos. Quieren volver. Volver, no para pasear con jactancia su «Impala» por la Gran Vía, sino para recobrar a los amigos y beber vino de la tierra en las tascas de la calle de la Ballesta. Y una ambición secretamente acariciada: que sus padres, los hombres que hicieron reír a varias generaciones de españoles, tengan algún día una calle, la más modesta, la más escondida, en el Puento de Vallecas.

Recojo esta confidencia en el París de 1965, estruendoso centro de la frivolidad, donde la Siderurgia, la Banca y el Petróleo mundiales abogan en champán su «mala conciencia». La recojo y se la transmito a ustedes aunque cometa una indiscreción.

E. G. R.

(Fotos DALMAS)

cuántos bancos testigos de esta España falsificada, subdesarrollada, mitificada, de toreros y bandidos, guapas y cantadores? Pero este público consume lo que su paladar le exige: la versión de un mundo más encantado que el «cuario», poblado de bellas Evas generosas, decorado con trabucos que hacen olvidar la bomba atómica. «Sexy» y violencia —violencia romántica, individual, comedida— y nostalgias precapitalistas, a cambio de treinta y cinco francos nuevos...